



Exposición Antológica de Solana

Comentada por ENRIQUE VELOSO

(Club Urbis. Menéndez Pelayo, 73. Madrid).

En el magnífico salón de exposiciones del Círculo Urbis, se ha exhibido una interesantísima muestra del arte de SOLANA. Hace años, en la pequeña y desaparecida sala Tanagra de la calle Argensola (calle tan vinculada a SOLANA), se presentó un conjunto de obras que eran, a sí mismo, de lo más característico en la producción de este pintor. Mas la colección que contemplamos en el círculo Urbis es más completa, y quizás por ello, el catálogo de la misma habla de «primera» exposición antológica de SOLANA. Lo importante, sin embargo, es admirar los veintidós cuadros expuestos que, alternados con unos curiosos objetos personales del artista (su muñeca «la pelona», su caja de pinturas, dos trompetas y el espejo de la muerte), nos permiten sentir milagrosamente próximo a nosotros el espíritu que animara a aquél.

En el círculo Urbis preparase, pues, un «atrezzo» especial que había de prestar a los cuadros expuestos un ambiente y un calor que les convenían. Es de agradecer esta gentileza del citado círculo. Pero sería deseable que ese ambiente y ese calor que durante un mes acariciaron las telas pintadas por SOLANA, fueran constantemente mantenidos. Pues sería necesario para la formación artística de las nuevas generaciones de pintores, la creación del Museo Solana. Y tal Museo, caso de tener realidad algún día, no dudo que tendría mucho del aire que se respiraba en la exposición que es objeto de estas líneas.

Entre los veintidós cuadros que tuvimos la dicha de admirar, hay al menos una representación de cada uno de esos temas tan queridos de SOLANA. Me refiero a esas series de cuadros que enfocan diversas facetas de la gran tragicomedia de la vida, ofreciéndonos un primer acto de carnaval, un segundo acto de toros, un tercero de procesiones, y un último acto de religión y muerte. Máscaras y títeres, penitentes y encapuchados, toreros y picadores, plañideras y muertos, e ahí los personajes de la obra.

SOLANA capta el alma castellana a través de manifestaciones colectivas

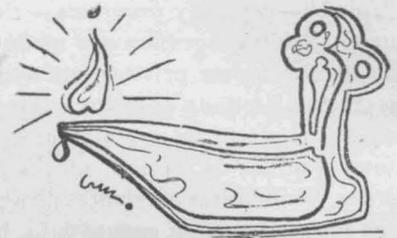
populares, imprimiendo a sus cuadros ora una huella de chabacana alegría, ora un acento de frenético apasionamiento, o bien un profundo sello de íntimo dolor místico-religioso.

La obra de SOLANA es una. No hay cuadro en su producción, susceptible de ser comprendido y valorado en su exacta magnitud, si se considera separado del conjunto. Cada uno de sus cuadros es parte integrante del mensaje que nos ha transmitido a nosotros, sus compatriotas, haciéndonos ver hasta la entraña de nuestro ser. Y es, precisamente, por ese sabio mérito de calar tan hondo, por lo que la pintura de SOLANA horroriza a muchos, y muchos la califican de tremenda.

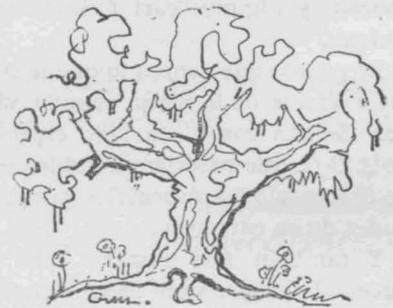


Hay tres retratos en la Exposición. El retrato es, para SOLANA, materia que no ofrece complicaciones. La misma sencillez que preside la composición del gran retrato de los contertulios del café «Pombo» (Museo Nacional de Arte Moderno, Madrid), está patente en las tres muestras que de este género se nos ofrecen en la Exposición. Ante todo, encontramos un retrato de D. Miguel Unamuno (propiedad de D. Víctor de la Serna), que pese a sernos conocido, encontramos siempre interesante. Aparece Unamuno sentado y sumido en una aparente quietud, que con gran acierto se ha hecho contrastar con esa constante ebullición intelectual que se operaba en su cerebro de filósofo, y que advertimos por las llamaradas que se escapan por entre las rendijas de sus chispeantes ojos. Luego, encontramos el «autorretrato», que nos muestra al artista tal y como le imaginábamos por sus obras. Está sentado empuñando la paleta y los pinceles con la mano izquierda, y posando su bonachona y nudosa diestra de hombre noble sobre

la cabeza de un maniquí, una de sus queridas muñecas. La frente de SOLANA es amplia y su mirada abarca la realidad con un ángulo de trescientos sesenta grados. Pues SOLANA (ya lo dice el significado de la palabra de su apellido), es un gran ventanal de ancha frente que contempla cuanto se alza ante su vista. Y SOLANA vió y supo plasmar en sus cuadros cuanto de bello y misterioso hay en la realidad cotidiana de la vida que se ofrecía ante sus ojos.



Los temas de máscaras abundan en la colección. Los más acertados son, quizás, los titulados «Máscaras» (propiedad del Dr. Marañón), y «Máscaras en las afueras» (propiedad del señor Sánchez Camargo). El carnaval está sentido hondamente por el artista, que ve algo más que jolgorio en la algarabía de la mascarada. Pues nos dice el pintor que bajo el loco ballicio colectivo se oculta el drama de cada fantoche que ha tapado su rostro para expansionar sus instintos más animales. Al parecer, SOLANA siendo niño, tuvo cierto encuentro desagradable con una máscara que, en medio de la confusión de un carnaval madrileño, deslizóse en su casa con fines inconfesables, impresionando con gran susto a la criatura, que desde entonces pareció obsesionarse con cuanto se relaciona con el carnaval.



Hay cinco cuadros de gran tamaño en la Exposición, que considero conjuntamente, por presentar una gran afinidad ambiental. Me refiero a «Las lavanderas», «Maniqués», «Las coristas», etc. En todos estos cuadros y en la mayor parte de los de su producción, SOLANA ha querido ser el más exacto narrador, y ha pintado cuanto hay de feo y de crudo en algunos aspectos de la vida. Y no ha querido paliar esa fealdad con postizos ropajes de belleza, ni ha querido disminuir la crudeza del asunto con algún inadecuado ingrediente dulce. Sólo ha querido ser exacto, porque ser exacto conviene a su naturaleza de hombre franco y rudo. No hay que pensar que